

Salir de la mediocridad

Chile ha arribado a un estado de mediocridad que ha convertido en mera quimera el sueño de alcanzar el umbral de país desarrollado que, todavía quince años atrás, parecía posible. Aún resuena el eco de las palabras de los presidentes Lagos y Piñera señalando que, de seguir la ruta que llevaba, el país podría llegar a situarse en un futuro próximo entre aquellos que componen ese grupo privilegiado. ¿Qué queda de esa fundada esperanza? Poco o nada ¿Se atrevería alguien sensato a decir hoy algo semejante? Definitivamente no.

Es cierto que el desarrollo que se mentaba era, principalmente, económico. No obstante, asociado a él, se entendía que se lograrían reducir en forma significativa no sólo la pobreza extrema, sino que también las carencias aún existentes en diversos ámbitos de la vida social. El tránsito a ese esperado nuevo estatus nacional no aconteció. ¿Qué pasó durante la última década, o más, que ayude a explicar esa expectativa frustrada? Resulta imprescindible contar con un buen diagnóstico de lo ocurrido para poder bosquejar un posible camino de recuperación que, además, permita resituarse a Chile en la senda del progreso perdida. Análisis que requiere dejar de lado lugares comunes que de tanto ser repetidos, han terminado por echar raíces y ser creídos. Algunas preguntas han de ser necesariamente (re)formuladas, para ensayar respuestas verdaderas, evitando eslóganes. No se trata de negar realidades, menos siendo ellas relevantes, sino que ubicarlas en su lugar preciso dentro de un contexto integrador. En caso contrario, el desvarío seguirá resultando inevitable.

Cabría cuestionar, por ejemplo, si la desigualdad es auténticamente el principal problema de la sociedad chilena, como en la práctica se ha estado considerando. De ser así, o no, se siguen múltiples consecuencias. Si efectivamente se tratase de la dimensión crucial, habría que dilucidar qué tipo de desigualdad sería la más acuciante o nociva y cómo encaminar al país hacia su reducción, intentando que mejoren todos y no tomando el camino fácil de equiparar hacia abajo. Aparejadamente, no podría ser soslayada la cuestión de si, en nombre de la búsqueda de igualdad, resulta posible hipotecar o desdeñar el afán por crecimiento económico o agigantar el Estado. En fin, asociada a la cuestión de las deficiencias a superar y, por lo tanto, de los grandes objetivos a perseguir, está la de los medios más apropiados para su obtención.

Un punto esencial: el elenco de dimensiones que deben ser consideradas, requiere levantar la mirada más allá de los aspectos económico-sociales más evidentes, obviamente sin desatenderlos. Los desafíos que enfrenta la nación guardan estrecha relación, entre otras, con las dimensiones cultural, educacional y familiar que la configuran; estas últimas han experimentado un enorme cambio, a veces para peor, al tiempo que arrastran falencias endémicas.

Romper la inercia de la mediocridad imperante obliga a hacer algo claramente distinto a lo que se viene realizando, partiendo por efectuar un buen diagnóstico de sus causas.

Opinión

Edición papel digital

Vuelta a lo básico

Magdalena Browne
Decana
Escuela de Comunicaciones y Periodismo UAI



Durante este año, las sombrías expectativas de los chilenos respecto al futuro del país no solo no han amainado, sino que arrecian transversalmente, afectando desde el sistema político hasta la economía. La contracara de esa visión de estancamiento es la revaloración de cuestiones sustantivas, que en el pasado reciente han sido dadas por sentadas en el debate público, como el desarrollo económico y la generación de políticas públicas eficaces, junto a la aspiración ciudadana de que los distintos actores dialoguen y articulen acuerdos para solucionar problemas (Critería, CEP y LEAS-UAI, 2024).

Esa demanda subyacente se plasma en las últimas elecciones municipales, que en la reelección de alcaldes de distintos sectores políticos, que mostraron avances e impacto en la calidad de vida de las personas, con campañas menos beligerantes y grandilocuentes. En los últimos años, de gran efervescencia constitucional y electoral, muchos olvidaron que una buena gestión es fundamental para detener el espiral de desconfianza institucional, iniciado hace más de una década y que hoy nos sitúa en niveles críticos respecto al promedio de los países de la OCDE.

Volvamos a lo básico. Sea para una empresa, un político o una institución, la confianza se funda en dos expectativas muy simples: la primera refiere a la integridad, o a la creencia de que una persona o una organización tiene la voluntad de contribuir al bien de los demás; la segunda, a la efectividad o el desempeño percibido en el ámbito de su competencia técnica.

De hecho, la revaloración de este último componente es lo que puede explicar el tibio incremento de la confianza en las empresas. En esa dirección, el estudio Valor Productivo (UAI, Gestión Social y Critería, 2024) muestra que la confianza hacia las industrias exportadoras del país -motores fundamentales de nuestra economía, como la minería del cobre, la salmonicultura, el litio, la fruticultura y el sector forestal- está fuertemente relacionada a la percepción de contribución a la economía nacional como regional.

Ciertamente, para construir confianza, no basta solo que las compañías sean percibidas aportando a la economía y generando empleos -como aún creen algunos ortodoxos en la materia-, sino que, también siendo eficaces en el ámbito medioambiental, social y en su gobernanza. Análogamente, en el mundo público, el buen desempeño debe ir acompañado de mayores esfuerzos de receptividad -esto es, escuchar y encauzar las demandas ciudadanas. En común, se espera que ambos mundos se relacionen no solo a través del cuestionamiento mutuo, o el otorgamiento de permisos y la regulación, sino que retomen el diálogo necesario para identificar y resolver los escollos actuales para el despliegue del país y las regiones. Este camino es lento, pero necesario para recuperar la confianza e inyectar algo de optimismo a la ciudadanía respecto al rumbo de nuestro país y su bienestar.

Salir de la mediocridad

Álvaro Pezoa
Director Centro de Ética y
Sostenibilidad Empresarial,
ESE Business School, U. de Los Andes



Chile ha arribado a un estado de mediocridad que ha convertido en mera quimera el sueño de alcanzar el umbral de país desarrollado que, todavía quince años atrás, parecía posible. Aún resuena el eco de las palabras de los presidentes Lagos y Piñera señalando que, de seguir la ruta que llevaba, el país podría llegar a situarse en un futuro próximo entre aquellos que componen ese grupo privilegiado. ¿Qué queda de esa fundada esperanza? Poco o nada. ¿Se atrevería alguien sensato a decir hoy algo semejante? Definitivamente no.

Es cierto que el desarrollo que se mentaba era, principalmente, económico. No obstante, asociado a él, se entendía que se lograrían reducir en forma significativa no sólo la pobreza extrema, sino que también las carencias aún existentes en diversos ámbitos de la vida social. El tránsito a ese esperado nuevo estatus nacional no aconteció. ¿Qué pasó durante la última década, o más, que ayude a explicar esa expectativa frustrada? Resulta imprescindible contar con un buen diagnóstico de lo ocurrido para poder bosquejar un posible camino de recuperación que, además, permita resituar a Chile en la senda del progreso perdida. Análisis que requiere dejar de lado lugares comunes que de tanto ser repetidos, han terminado por echar raíces y ser creídos. Algunas preguntas han de ser necesariamente (re)formuladas, para ensayar respuestas verdaderas, evitando eslóganes. No se trata de negar realidades, menos siendo ellas relevantes, sino que ubicarlas en su lugar preciso dentro de un contexto integrador. En caso contrario, el desvarío seguirá resultando inevitable.

Cabría cuestionar, por ejemplo, si la desigualdad es auténticamente el principal problema de la sociedad chilena, como en la práctica se ha estado considerando. De ser así, o no, se siguen múltiples consecuencias. Si efectivamente se tratase de la dimensión crucial, habría que dilucidar qué tipo de desigualdad sería la más acuciante o nociva y cómo encaminar al país hacia su reducción, intentando que mejoren todos y no tomando el camino fácil de equiparar hacia abajo. Aparejadamente, no podría ser soslayada la cuestión de si, en nombre de la búsqueda de igualdad, resulta posible hipotecar o desdeñar el afán por crecimiento económico o agigantar el Estado. En fin, asociada a la cuestión de las deficiencias a superar y, por lo tanto, de los grandes objetivos a perseguir, está la de los medios más apropiados para su obtención.

Un punto esencial: el elenco de dimensiones que deben ser consideradas, requiere levantar la mirada más allá de los aspectos económico-sociales más evidentes, obviamente sin desatenderlos. Los desafíos que enfrenta la nación guardan estrecha relación, entre otras, con las dimensiones cultural, educacional y familiar que la configuran; estas últimas han experimentado un enorme cambio, a veces para peor, al tiempo que arrastran falencias endémicas.

Romper la inercia de la mediocridad imperante obliga a hacer algo claramente distinto a lo que se viene realizando, partiendo por efectuar un buen diagnóstico de sus causas.

LT latercera.com

Declaración de intereses en
www.grupocopesa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copesa S.A.

Atención a suscriptores
en sucursal virtual:
<http://sucursalvirtual.latercera.com>



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus objeciones al contenido o
cobertura del diario a
lector@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

Email: correo@la.tercera.com
Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
descalificaciones. Las cartas recibidas no
serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Prevención y crisis carcelaria

Marcelo Sánchez
Gerente general
Fundación San Carlos
de Maipo



El sistema carcelario en Chile se enfrenta a desafíos importantes que podrían exceder su capacidad de funcionamiento e incrementar gravemente la situación de inseguridad. De hecho, ya hemos observado la infiltración del crimen organizado en los reportes del Ministerio Público de que -a lo menos- desde 2021 pandillas dirigen operaciones criminales desde las prisiones, como el tráfico de sustancias ilícitas y actos de extorsión. Un informe del Centro de Estudios Públicos (CEP) de 2024 re-

salta que estas relaciones favorecen la organización de delitos como secuestros y contrabando de armas, lo que conlleva un aumento de la violencia, tanto dentro como fuera de las prisiones.

La incorporación de jóvenes y adolescentes por parte de agrupaciones delictivas es motivo de preocupación, la participación de ellos en bandas especializadas en delitos graves contra las personas ha crecido más de un 40% los últimos dos años. Esta tendencia refleja cómo el sistema penal juvenil está cada vez más expuesto a estas influencias. Asimismo, el Centro de Estudios Justicia y Sociedad de la Pontificia Universidad Católica de Chile, reveló que un 63% de los gendarmes encuestados se ha enterado de actos de corrupción cometidos por algún colega, que abarcan desde el transporte de objetos prohibidos hasta la facilitación de comunicaciones ilícitas.

En consecuencia, surge la interrogante sobre si hoy existe un posible riesgo de crisis como ha ocurrido en otros países, como Ecuador y Brasil, donde distintos hechos evidenciaron la presencia del crimen organizado. A pesar de que Chile no ha llegado a esos niveles, la tendencia actual indica la posibilidad de una crisis inminente si no se aplican medidas eficaces de control y reforma.

La confluencia de la infiltración del crimen organizado, acciones de corrupción y el reclutamiento de jóvenes en actividades delictivas sitúa al sistema penitenciario chileno en una posición de fragilidad.

Por tal razón, es importante avanzar en aislar a los líderes de organizaciones criminales, tanto en el Sistema Adulto como en el Juvenil, en especial en el actual proceso de implementación del Nuevo Servicio de Reinserción Juvenil. Es fundamental resguardar la integridad de primerizos y de bajo compromiso delictivo, a fin de lograr los objetivos de reinserción y evitar el contacto criminógeno que deriva en la formación de perfiles criminales cada vez más violentos. Para ser eficaces en reducir el involucramiento delictivo temprano necesitamos evitar llegar tarde, anticiparnos para que nuestros niños sigan estando bien, y cuando llegamos tarde, tener una respuesta integral que logre la rehabilitación y la reinserción interrumpiendo las trayectorias que les arrebatan la paz. El crimen organizado avanza con decisión y su eslabón se fortalece detrás de los muros para posteriormente terminar capturando barrios y comunas. Rescatemos a los niños que hoy son presa fácil de la acción de las bandas delictivas.